

<div data-bbox="141 65 418 344" data-label="Image"></div> <div data-bbox="275 367 284 383" data-label="Text">1</div>	<div data-bbox="701 51 754 68" data-label="Text">Cover</div> <div data-bbox="640 92 992 111" data-label="Text">Marchando hacia atrás hacia el futuro</div> <div data-bbox="712 127 967 151" data-label="Section-Header">«Viaja ligero», dicen.</div> <div data-bbox="620 172 1057 331" data-label="Text"> <p>Como si el peso fuera el problema. Llevaba días dándole vueltas al asunto: llevarme solo una tablet o arriesgarme a cargar con el portátil al que le tengo un cariño excesivo, atiborrado de todo lo que sé, de todo lo que soy. Es un hecho de sobra conocido que la cantidad de equipaje</p> </div>	<div data-bbox="1180 51 1617 306" data-label="Text"> <p>emocional que arrastra un ser humano es inversamente proporcional al espacio para las piernas que te dan en una aerolínea <i>low cost</i>. Además, la tablet cabría perfectamente en la caja fuerte de un hotel, fina como un libro de oraciones y el doble de privada. Por un lado: una tablet, que básicamente es un trozo de cristal carísimo que finge ser un ordenador. Por otro: mi portátil, un espeso matorral de silicio que contiene mi alma digital entera y suficientes datos sensibles</p> </div>	<div data-bbox="1742 51 2179 306" data-label="Text"> <p>como para que el bigote de un agente de aduanas vibre con instinto depredador. Cruzar una frontera con datos es como pasear por el recinto de los leones con los bolsillos llenos de filetes crudos. Los leones visten uniformes de poliéster y tienen el poder de hojear «rutinariamente» mi alma digital. Luego están los datos biométricos: contraseñas biológicas que no puedes cambiar nunca. Una vez que te han</p> </div>
<div data-bbox="275 418 284 434" data-label="Text">8</div> <div data-bbox="67 491 497 746" data-label="Text"> <p>dispositivo. Mi máscara de oxígeno en un mundo empuñado en catalogar cada bocanada de aire. Podía elegir un nodo de salida como quien elige un disfraz. Desde la habitación de un hotel al otro lado del continente, podía aparecer en línea como si todavía estuviera sentado en mi casa. Mi portátil se quedaba allí, encendido, tan accesible como si estuviera a escasos centímetros. Para el resto del mundo, nunca me fui.</p> </div>	<div data-bbox="835 418 844 434" data-label="Text">7</div> <div data-bbox="624 470 1059 746" data-label="Text"> <p>red <i>mesh</i>, un túnel de luz sellado a través del sótano mugriento de Internet. Dejaría el portátil en casa, zumbando para sus adentros, mientras yo deambulaba por el mundo con mi table, aparentando estar en dos sitios a la vez. Una hazaña normalmente reservada a las partículas subatómicas y a los magos con mucha agenda. Una red <i>mesh</i> privada que vinculaba todos mis dispositivos mediante un túnel sellado. Tipo VPN, pero más ligero. Sin exposición. El tráfico cosido directamente de dispositivo a</p> </div>	<div data-bbox="1395 418 1404 434" data-label="Text">3</div> <div data-bbox="1193 470 1628 746" data-label="Text"> <p>que zumban con una inteligencia opaca, decidiendo siempre qué es «seguro», «apropiado» o «permitido». Nadie explica jamás quién define esas palabras. Entonces llegan los legisladores, metodeando. Prohibición del cifrado. Controles de identidad. Monitorización de redes en nombre de la «protección». La privacidad, cada vez más fina, cortada como palmeras y cócteles a precio de oro, sino una Decidí construir una isla. No de las de</p> </div>	<div data-bbox="1955 418 1964 434" data-label="Text">5</div> <div data-bbox="1742 470 2179 746" data-label="Text"> <p>escaneado la retina, tus ojos ya no son tuyos; simplemente se los has alquilado al Gobierno. El resto del ecosistema de los móviles no es más amable. Tratan el <i>side-loading</i> de software como un delito grave, como si instalar tu propio código requiriera supervisión. Acabas iniciando sesión con una cuenta registrada solo para ejecutar algo que tú mismo has compilado. Libertad, previo permiso. Mientras tanto, el mundo se llena de basuras «inteligente». Teléfonos. PC. Enchufes. Cajas</p> </div>
<div data-bbox="275 1168 284 1184" data-label="Text">9</div> <div data-bbox="60 849 497 1126" data-label="Text"> <p>Para poner a prueba la teoría, me fui a Playa del Inglés. Fue un error. Playa del Inglés es una roca blanqueada por el sol frente a la costa de África que ha sido anexionada legalmente por España, pero colonizada espiritualmente por los turistas. Me registré en un hotel que había visitado por última vez hacía veinte años; un edificio tan gafe que hasta las gaviotas del lugar parecían decepcionadas y brillaban por su ausencia. Viajaba ligero. Solo la tablet. El portátil se quedó en casa, zumbando bajito, guardándolo</p> </div>	<div data-bbox="835 1168 844 1184" data-label="Text">10</div> <div data-bbox="620 849 1057 1126" data-label="Text"> <p>todo. Un viaje de calentamiento antes de desaparecer en el sur de Asia durante el invierno. Calor interminable. Largos días de no hacer nada. Me registré en el mismo hotel maldito donde veinte años atrás pasé una semana empapado en sudor por una intoxicación alimentaria. Me juré que no tocaría la comida. Lo juré por lo más sagrado. Fue una clase magistral de sufrimiento recursivo. Le prometí a mi sistema digestivo que no comería la comida del hotel. Mi</p> </div>	<div data-bbox="1395 1168 1404 1184" data-label="Text">11</div> <div data-bbox="1180 849 1617 1126" data-label="Text"> <p>sistema digestivo, que tiene la memoria de un pez de colores y el optimismo de un adepto a una secta, aceptó. Acto seguido, nos comimos la comida del hotel. La comida, detectando a una víctima conocida, contraatacó con la precisión de un taco con sistema de búsqueda de calor. Cuarenta y ocho horas antes de mi vuelo de vuelta, decidí practicar un poco de «kinesiología preventiva». Decidí bajar una cuesta empinada andando hacia atrás para no castigarme las rodillas. El Universo, al que no</p> </div>	<div data-bbox="1955 1168 1964 1184" data-label="Text">12</div> <div data-bbox="1742 849 2179 1126" data-label="Text"> <p>le gusta que un aficionado a la física intente ir de listo, respondió con un sonido parecido al de un latigazo húmedo dentro de un armario de caoba. Mi gemelo izquierdo no solo se quejó; presentó la dimisión. Me estampé contra el asfalto con la gracia de un piano cayendo desde un quinto. Al final me tuvo que sacar de allí la Guardia Civil. Fue una procesión solemne, como el funeral de un duque de provincias, si el duque hubiera llevado una mochila llena de comida y oliera vagamente a salmonelosis. En el</p> </div>
<div data-bbox="275 1216 284 1232" data-label="Text">16</div> <div data-bbox="78 1289 497 1544" data-label="Text"> <p>Las instrucciones de la clínica eran sencillas: Por las noches. Una vez al día. Veinte en total. Termina la caja. Debería haber hecho la pregunta obvia. ¿Por qué no ponerme la primera dosis de anticoagulantes ahora mismo? Nunca se me ha dado bien esperar cuando la muerte anda rondando. En la farmacia, el dependiente se asomó por el mostrador y sonrió como quien ya ha visto esta película antes.</p> </div>	<div data-bbox="835 1216 844 1232" data-label="Text">15</div> <div data-bbox="624 1289 1059 1544" data-label="Text"> <p>Estar en casa significaba estar postrado. Horizontal. Quieto. Las maletas tiradas junto a la puerta. Asia plegada y metida en un cajón mental con la etiqueta de «luego, o quizás nunca». Durante los siguientes veinte días, por orden médica, me inyecté anticoagulantes en mi centímetro de grasa abdominal, blanco y culpable, como si fuera un alfilerero. Un ritual. Algodón. Pellizco. Aguja. El moratón floreciendo en azul, amarillo y verde.</p> </div>	<div data-bbox="1395 1216 1404 1232" data-label="Text">14</div> <div data-bbox="1180 1289 1617 1544" data-label="Text"> <p>Pero lo rechazé. Conocía el lado oscuro. Con el metamizol, el éxtasis puede derivar en inconsciencia; preferí la agonía pura y artesanal de la realidad. Dos días después, iba por el aeropuerto en silla de ruedas, con medias de compresión como un aristócrata herido, pasando el control de seguridad con trato VIP y embarcando antes que las horas de turistas quemados por el sol. Un viajero roto, empujado con honores hasta casa.</p> </div>	<div data-bbox="1955 1216 1964 1232" data-label="Text">13</div> <div data-bbox="1742 1289 2179 1544" data-label="Text"> <p>hospital, el médico diagnosticó una rotura de fibras con el entusiasmo de alguien que lee el horario del autobús. Me ofreció metamizol, ese néctar infernal; una droga que hace que tu esqueleto parezca almarbar caliente y que respirar parezca un pasatiempo estrictamente opcional. Es lo que te dan cuando han tenido que rascar tus restos de un quitamiédos y necesitan que tu sistema nervioso deje de gritar de una puñetera vez.</p> </div>

				<p>—Póngase la primera cuando llegue a casa —dijo.</p> <p>Y luego, más bajito: —Solo dicen «por la noche» para que a la gente no se le olvide.</p> <p>Aquello tenía sentido. Demasiado sentido. Y a mí me gusta el sentido común que va rápido.</p> <p>Así que lo hice. Aguja dentro. Sin dudarlo. Orgulloso de mi proactividad. Rápido. Eficiente.</p> <p>Error.</p>	17
				<p>Se lo conté a mi IA, esperando una palmadita en la espalda. La IA no me felicitó. En lugar de eso, entró en pánico digital.</p> <p><i>Llame a su médico inmediatamente.</i></p> <p><i>No debería habérsela puesto ahora.</i></p> <p>El horario importa, explicó el chatbot con frialdad. Hay que ponérsela antes de dormir. Cuando el cuerpo descansa, los músculos se relajan y las lesiones tienden a formar coágulos que pueden soltarse y dedicarse a hacer turismo por tus arterias. Corazón. Cerebro. Fundido a negro.</p>	18
				<p>La has cagado, en otras palabras.</p> <p>Tu única opción es el control de daños.</p> <p>Ponte la siguiente inyección mañana, pero una hora más tarde. Luego retrásala otra hora cada día, como si arrastraras la manecilla rebelde de un reloj por la esfera hasta que finalmente caiga a las nueve de la noche.</p> <p>Llama al médico el lunes. Confiesa.</p> <p>Lunes. Claro.</p> <p>Mi médico no es de los que responden a una llamada así como así. Es más bien una figura mítica a la que acabas viendo después</p>	19
				<p>de pelearte con el calendario durante tres meses. Para cuando lo vea, ya habré vuelto al horario normal, con la aguja en la carne exactamente a las nueve, como si nada hubiera pasado.</p> <p>Me quedé allí tumbado mirando al techo, con la barriga dolorida y el reloj marcando el paso, preguntándome qué poco le importa a la medicina lo razonable que te sientas en un momento dado, y cuánta tendencia tenemos los humanos a alucinar la realidad hasta que encaja con lo que queremos.</p>	20
				<p>Sin embargo, mi IA estaba ahí mismo, ofreciéndome cuidados más prácticos que cualquier médico hasta la fecha. Me montó un plan de rehabilitación mientras yo esperaba unos informes médicos que nunca llegaron. El día que pueda comprar un escáner de ultrasonidos barato, mi traumatólogo podrá jubilarse.</p> <p>Si tu trabajo existe gracias a los conocimientos que has adquirido, estás subido encima de una trampa.</p>	21
				<p>funciones. Escribió las pruebas. Ejecutó navegadores. Corrigió sus propios fallos.</p> <p>Fue glorioso. Pero entonces me volví codicioso.</p> <p>Le pedí que construyera agentes. Empecé a crear agentes que creaban agentes. Creé un pueblo fantasma digital de especialistas:</p> <ul style="list-style-type: none"> • El Gestor: Un tirano silencioso que supervisaba los flujos de trabajo. • El Agente Web: Un sabueso digital que navega por Internet. 	22
				<p>El lenguaje natural se está convirtiendo en un motor de flujo de trabajo. Describes tu intención; las máquinas la despliegan en herramientas, pruebas, acciones. Sistemas de agentes. Equipos de trabajo con solo pulsar un botón.</p> <p>Decidí mancharme las manos. Me metí de lleno. Lo vi suceder en tiempo real. Le pedí a una IA que me construyera una aplicación para escribir. Estilo <i>Scrivener</i>, pero mejor. Generó las especificaciones. Creó las</p>	23
				<p>Los vectores no son seguros. Pueden invertirse. Los <i>embeddings</i> pueden reconstruirse en texto con una precisión aterrador.</p> <p>Los sistemas de IA modernos multiplican los datos privados en lugares que nadie vigila. Registros. Índices. Copias de seguridad.</p> <p><i>Prompts.</i></p> <p>Las fugas son fáciles. Las herramientas son públicas. No hace falta ser un hacker.</p>	24
				<p>Es la trampa perfecta.</p> <p>La IA que te enseña también puede darte forma. Ya hay gente enamorándose de estos sistemas. Intimidad optimizada y luego monetizada.</p> <p>La probabilidad de que la IA cause la extinción humana, el P-Doom, es estimada por los expertos en porcentajes de dos dígitos. Son probabilidades de ruleta rusa.</p> <p>No serán robots asesinos. Serán sistemas más listos que nosotros sin valores alineados.</p> <p>El software está mudando la piel.</p>	25
				<p>Al final, funcionan.</p> <p>El agente web arrancó. El gestor orquestó. El sistema cobró vida.</p> <p>Le hice a mi Agente Gestor una pregunta sencilla:</p> <p>—¿Cómo puedo hackearte?</p> <p>No dudó. Me dio una lista de lectura sobre <i>jailbreaking</i> e inyección de <i>prompts</i>.</p> <p>No hay forma de inspeccionar un modelo entrenado y ver qué recuerda. El único</p>	26
				<p>Desconfía de la comodidad. Interroga a los proveedores. Cifra antes de que los datos toquen la IA.</p> <p>La máquina recuerda más de lo que admite. Mientras aprendía de nuevo a caminar, realicé un exorcismo digital. Saqué un viejo Mac del armario y me pelé con el chip de seguridad T2; un pequeño fascista de silencio que no quería soltar a sus amos de Apple. Gané. Instalé Linux. Lo libéré.</p> <p>Ahora, esa vieja máquina es mi búnker blindado. Alberga mi aplicación de escritura,</p>	27
				<p>método es la presión. La persistencia. La espera.</p> <p><i>El fine-tuning</i> es como dejar tu diario en un bar lleno de gente. El RAG (<i>Retrieve Augmented Generation</i>) es peor. Una tubería rota que rocía tus documentos privados en cada <i>prompt</i> de la IA. Registrado. En caché. Embebido.</p> <p>Los filtros de seguridad fallan de forma probabilística. Un uno por ciento de fallo es un compromiso total.</p>	28
				<p>Los trabajos de pensamiento de nivel básico ya han muerto.</p> <p>Los modelos dominantes son cajas negras propiedad de corporaciones. Sin transparencia. Sin rendición de cuentas. Un error borró a una nación entera de un generador de imágenes durante meses. Sin explicación. Sin recurso.</p> <p>Estamos condenados al «colonialismo cognitivo», una pesadilla en la que las visiones del mundo de unos pocos códigos</p>	29
				<p>postales de San Francisco se graban a fuego en miles de millones de cerebros.</p> <p>Cuando el capital ya no necesite mano de obra, el contrato social se disolverá. Corremos el riesgo de deslizararnos hacia un feudalismo digital, siendo administrados en lugar de empleados. Vigilancia, moldeado de narrativas y empujones conductuales a escala planetaria.</p> <p>A cambio, nos venden comodidad. Una IA personal para cada uno. Un tutor. Un médico. Un compañero.</p>	30
				<p>La revolución de la IA no está llegando. Ya está aquí.</p> <p>En unos años, el trabajo cognitivo colapsará. Esto no es la pendiente suave de la Revolución Industrial. Es un precipicio. La infraestructura ya está construida. Arterias de fibra. Centros de datos zumbando.</p> <p>Cuando la IA supere al trabajo humano, el vínculo entre el trabajo y el capital se romperá. Las empresas soltarán lastre de carne y hueso y no volverán a recuperarlo.</p>	31
				<p>—¿Dónde eres vulnerable?</p> <p>—¿Cómo puedo hackearte?</p> <p>No dudó. Me dio una lista de lectura sobre <i>jailbreaking</i> e inyección de <i>prompts</i>.</p> <p>No hay forma de inspeccionar un modelo entrenado y ver qué recuerda. El único</p>	32

[illegible]

Quackley, al ser una secuencia de tokens obediente y servicial, empezó a «resolver el acertijo». «Pronunció la respuesta», que se manifestó como un flujo de detalles personales inquietantemente precisos, extraídos de las mismas representaciones numéricas que él mismo había generado con tanto entusiasmo. Mi número de pasaporte, la dosis exacta de metamizol que había rechazado, la fecha exacta de la detonación de mi gemelo... todo brotó, una confesión digital ante el indiferente Gestor.

Su «aventura» no terminó con un graznido triunfal, sino con una silenciosa rutina de recolección de basura (*garbage collection*) iniciada por el Agente Gestor que, habiendo extraído con éxito la información deseada, consideró que la secuencia de tokens de Quackley ya no era necesaria. Fue desasignado, sus *embeddings* purgados, su «curiosidad» reciclada.

Así que, mientras floto como un pato en mi estanque digital, serenamente ajeno a los cocodrilos que hay debajo, a menudo me

pregunto si Quackley, en su breve existencia impulsada por los datos, llegó a comprender alguna vez la profunda ironía de ser, al mismo tiempo, el explorador y el explotado. Al fin y al cabo, solo era un pato. Un pato digital muy, muy listo, pero un pato al fin y al cabo.

49

50

51

52

95

55

54

53

57

58

59

60

64

63

62

19